

TRICIA LEVENSELLER

UNA
CORONA
DE SOMBRAS

CROSS
BOOKS

TRICIA LEVENSELLER

UNA
CORONA
DE SOMBRAS

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Shadows Between Us*
© del texto: Tricia Levenseller, 2020
Publicado mediante acuerdo con Feiwel and Friends, un sello
de Macmillan Publishing Group, LLC.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Rob Simeoni, 2021
© del diseño del mapa: Virginia Allyn
© Editorial Planeta, S. A., 2022, 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2022
Primera edición en esta presentación: mayo de 2025
ISBN: 978-84-08-30263-6
Depósito legal: B. 5.038-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Capítulo 1

Nunca encontraron el cuerpo del primer y único chico que me rompió el corazón.

Y nunca lo harán.

Enterré a Hektor Galanis en un agujero tan profundo que ni siquiera los demonios de la tierra podrían alcanzarlo.

He soñado con él, con el día en que me dijo que había sido divertido, pero que se había acabado. Una cualquiera había robado su atención. Ni siquiera recuerdo el nombre de ella. Todo lo que podía pensar entonces era que se lo había dado todo a Hektor: mi primer beso, mi amor, mi cuerpo.

Y cuando le dije que lo amaba, lo único que tuvo las agallas de contestar fue: «Gracias, pero creo que es el momento de pasar página».

También tenía otras cosas que decir. Cuando hundí mi navaja en su pecho, las palabras se derramaron casi tan rápidamente como su sangre.

Él no entendía nada, y yo tampoco. Apenas recordaba haber agarrado la daga que padre me había regalado por mi decimoquinto cumpleaños, hacía tres meses, con su mango lleno de joyas y su brillo plateado; pero sí recuerdo que la sangre de Hektor hacía juego con los rubíes incrustados.

Y también recuerdo qué fue lo que ayudó a mi cabeza a alcanzar el ritmo del martilleo de mi corazón: las últimas palabras que salieron de los labios de Hektor.

«Alessandra.»

Sus últimas palabras fueron mi nombre. Su último pensamiento fue sobre mí.

Gané.

Esa certeza está tan arraigada en mí ahora como lo estaba hace tres años. Esa sensación de bienestar, de estar en paz.

Alzo mis brazos al cielo, desprendiéndome como un gato, antes de darme la vuelta en la cama.

Un par de ojos castaños están a tan solo unos centímetros de los míos.

—Diablos, Myron, ¿por qué me estás mirando fijamente? —pregunto.

Él presiona sus labios sobre mi hombro desnudo.

—Porque eres hermosa.

Myron está tumbado de lado, su cabeza apoyada en un puño cerrado. Mis sábanas lo tapan de cintura para abajo. Es tan alto que no sé cómo cabe en mi cama. Unos rizos suaves se desparraman por su frente, y él sacude la cabeza hacia atrás para despejar la vista. El aroma a sándalo y sudor flota sobre mí.

Con una mano mantengo las sábanas sobre mi pecho mientras me incorporo.

—Anoche fue divertido, pero deberías marcharte. Tengo mucho que hacer hoy.

Myron se queda mirando fijamente mi pecho y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Tal vez podríamos repetir más tarde? —pregunto.

Levanta la mirada hacia mí antes de que sus ojos vuelvan, significativamente, a mi pecho.

No. No está mirando mi pecho, sino la mano que sostiene la sábana y el peso de más que de repente noto ahí.

Hay un diamante en mi dedo. Es precioso, tallado en forma de huevo e incrustado en oro. Brilla en la luz matutina, mientras muevo mi mano de un lado a otro. Este anillo es, con diferencia, la baratija más cara que me ha dado jamás.

—Alessandra Stathos, te quiero. ¿Quieres casarte conmigo?

Una carcajada llena el cuarto y Myron se encoge. Rápidamente me tapo la boca con la mano libre.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —digo un momento después—. Por supuesto que no.

Echo otra mirada al precioso anillo. Con este regalo, Myron ha dejado de serme útil. Por alguna razón, mis amantes dejan de darme regalos caros cuando rechazo sus propuestas de matrimonio.

Caray.

—Pero juntos somos tan dichosos —dice—. Te querré cada día. Te daré todo lo que mereces. Te trataré como a una princesa.

Si tan solo supiese que tengo unos objetivos algo más ambiciosos que eso...

—Es una oferta muy amable, pero en este momento no estoy lista para sentar la cabeza.

—Pero he compartido tu lecho —farfulla.

Sí, él y otros tres muchachos este mes.

—Y ahora es menester que lo dejes —digo, levantándome de la cama, justo cuando la puerta de mis aposentos se abre de golpe.

Myron se queda paralizado con sus manos estiradas hacia mí, y mi padre, Sergios Stathos, lord Masis, mira con desprecio las partes visibles de nuestros cuerpos desnudos.

—Vete —gruñe en un tono letalmente tranquilo. Mi padre no llega a mi metro sesenta y ocho, pero tiene el cuerpo

de un toro: cuello grueso, hombros anchos y ojos afilados que perforan hasta el alma.

Myron trata de llevarse las sábanas, pero estoy envuelta en ellas y las sujeto con firmeza. Y cuando falla en su intento de arrebatármelas, intenta agarrar sus pantalones.

—Vete ahora —precisa padre.

—Pero...

—¡Obedece o haré que te azoten!

Myron está de pie. A duras penas. Se encorva como si pudiese esconder su físico espigado. Está a medio camino de la puerta cuando se gira.

—¿Mi anillo?

—Supongo que querrás que me lo quede, ¿no es así? Para que nunca se me olviden nuestros momentos juntos.

La cara de Myron se retuerce. Tiene un pie hacia la puerta y otro hacia mí.

Padre gruñe.

Myron sale escopeteado, casi tropezando con las botas de mi progenitor al precipitarse a través del umbral. Y una vez que se ha ido, padre se dirige a mí.

—Me pones muy difícil encontrarte un pretendiente apropiado cuando te pillo cada noche con un nuevo compañero de lecho.

—No seáis ridículo, padre. Esta era la quinta vez con Myron.

—¡Alessandra! Tienes que dejarlo. Es hora de que crezcas. De que sientes la cabeza.

—Así que Chrysantha ha encontrado marido, ¿verdad?

—Padre sabe muy bien que las leyes me impiden desposarme hasta que mi hermana mayor sea desposada. Las cosas tienen su orden.

Padre avanza hasta la cama.

—El Rey de las Sombras ha rechazado a muchas mujeres

solteras de palacio, Chrysantha entre ellas. Esperaba que tu hermana llamase su atención, siendo ella una belleza tan rara.

Oh, sí. Chrysantha es una belleza rara. Y también es más tonta que una piedra.

—Pero no era su destino —concluye padre.

—Myron está libre —le propongo.

—No se desposará con Myron —dice padre mientras me fulmina con la mirada—. Chrysantha será una duquesa. Ya he hecho unos cuantos arreglos con el duque de Pholios. Es un hombre mayor que desea una joven hermosa a su lado. Ya está hecho. Y eso significa que es tu turno.

Por fin.

—De repente estáis muy interesados en mi futuro, ¿cierto? —pregunto solo por ser molesta.

—Siempre he tenido tus intereses en mente.

Vaya una falsedad. Las únicas veces que padre se toma la molestia de pensar en mí es cuando me pilla haciendo algo que cree que no debería estar haciendo. Chrysantha ha sido el centro de su atención toda mi vida.

—Voy a acercarme al conde de Oricos para discutir tu compromiso con su hijo, quien será heredero algún día. Pronto, he de suponer, dada la frágil salud de Aterxes. Eso debería alegrarte.

—Pues no es así.

—Desde luego no vas a ser mi problema para siempre.

—Qué conmovedor, padre, pero he posado mis ojos sobre otro hombre.

—¿Y quién será?

Me levanto arrastrando las sábanas conmigo y remetiéndomelas debajo de los brazos.

—El Rey de las Sombras, por supuesto —respondo.

Padre suelta una carcajada.

—Lo dudo. Con tu reputación será un milagro si consigo que te acepte el hijo de un noble cualquiera.

—Nadie conoce mi reputación, con la salvedad de aquellos directamente implicados.

—Los hombres no guardan las hazañas de alcoba para sí mismos.

—Lo hacen cuando se trata de mí —digo sonriendo.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso?

—Que no soy una necia, padre. Tengo algo sobre todos los hombres que han visto el interior de esta estancia. Myron tiene un desafortunado problema con el juego. Perdió una reliquia de familia en una partida de cartas. Culpó de la desaparición del colgante a un sirviente, e hizo que lo azotaran y despidieran. Su padre no se alegraría de oírlo. ¿Y Damon? Resulta que sé que forma parte de un grupo de contrabandistas que importan armas ilegales a la ciudad. Sería aprisionado si alguien conociese la verdad. Y no nos olvidemos de Nestor, a quien le gustan bastante los fumaderos de opio. Podría seguir nombrando a todos mis amantes, pero creo que veis por dónde voy.

Aunque la cara de padre no cambia, sus hombros se relajan ligeramente.

—Caballeros encantadores los que tienes a tu alrededor, querida.

—La cuestión, padre, es que sé lo que me hago. Y seguiré haciendo cuanto deseo, porque yo soy mi propia ama. ¿Y vos? Vos vais a enviarme a palacio con la siguiente oleada de damas que visitarán al rey, porque si algo se me da bien es conseguir que los hombres me propongan matrimonio —concluyo, meneando el diamante de mi dedo en su cara.

—¿Cuánto hace que planeas esto? —pregunta padre, entornando los ojos.

—Años.

—No dijiste nada cuando envié a Chrysantha a palacio.

—Padre, Chrysantha no lograría llamar la atención de un perro en celo. Además, la belleza no es suficiente para cauti-

var al Rey de las Sombras. Ve desfilar damas hermosas ante sí todo el año. Enviadme a mí. Conseguiré un palacio para todos nosotros —concluyo.

La habitación se queda en silencio todo un minuto.

—Necesitarás nuevos vestidos —dice al fin padre—, y tardaré semanas en conocer qué dote solicitarán por tu hermana. No tendremos tiempo suficiente.

Saco el anillo de mi dedo mirándolo cariñosamente. ¿Por qué cree que he tenido tantos amantes? Está claro que son divertidos, pero, sobre todo, van a financiar mi estancia en palacio.

Levanto el anillo para que mi padre pueda verlo.

—Hay muchos más de donde viene este.

Coser siempre ha sido uno de mis pasatiempos, pero me es imposible hacer todos los nuevos ropajes requeridos para los planes venideros en tan poco tiempo. Así que acudo a mi costurera preferida, le diseño y le encargo diez atuendos de día, cinco vestidos de noche y tres camisones apropiadamente indecentes (aunque estos los coso yo; Eudora no precisa saber cómo preveo pasar mis noches).

Padre no participa en la planificación, ya que está demasiado ocupado con su contable, preocupándose por la hacienda. Está en bancarrota e intenta ocultarlo desesperadamente. No es culpa suya. Padre es bastante competente, pero los terrenos no son tan productivos como lo fueran antaño. Una enfermedad se propagó hace unos años y mató a la mayoría del ganado. Los cultivos son cada vez más escasos. Un pozo ya se ha secado, y cada vez más arrendatarios se marchan.

La hacienda Masis se está muriendo, y padre necesita obtener dotes decentes para mí y mi hermana para poder mantener sus tierras en funcionamiento.

Aunque conozco su situación, no me he molestado en preocuparme por ello. Todos mis amantes sienten la necesidad de regalarme cosas bonitas. Cosas muy caras.

Ha sido un juego divertido. Descubrir sus secretos. Seducirlos. Hacer que me bañaran en presentes.

Pero ¿sinceramente?

Me he aburrido de eso.

Tengo un nuevo juego en mente.

Voy a hacer que el rey se enamore de mí.

Sospecho que no me llevará más de un mes hacer que se prenda perdidamente de mí. Y cuando se me declare, diré que sí por primera vez.

¿Y cuando el matrimonio sea oficial y se haya consumado?

Voy a matar al Rey de las Sombras y a quedarme con su reino.

Solo que esta vez no tendré que sepultar el cuerpo. Encontraré un chivo expiatorio adecuado y dejaré que alguien descubra al Rey de las Sombras. El mundo deberá saber que soy la última miembro de la realeza con vida.

Su reina.